

Una mujer furiosa

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: ilustración © Jarek Puczel

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Antonio Fontana, 2023.

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-21-8

Depósito legal: M-4.191-2023

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Antonio Fontana

UNA MUJER FURIOSA

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para Ángel,

para David

*y para mi madre,
que no es una mujer furiosa*

Escribo

*para que el agua envenenada
pueda beberse.*

CHANTAL MAILLARD

La vieja trituradora

Cuando yo tenía doce años mi madre secuestró a un niño.

Esta es la historia de lo que ocurrió, pero no de cómo ocurrió, porque esta no es una historia de certezas y seguridades, sino de sospechas. Sin embargo, es lo único que puedo ofrecer: la historia de mis padres, la de mi hermano, la mía. En el fondo, una historia de amor, como la de cualquier otra familia. Aunque, si lo normal es que pasemos por la vida sin vivir grandes amores — con suerte, uno; con mucha suerte—, mamá fue una excepción y, además del amor de papá, que Fede y yo conocimos en sus horas más bajas, vivió un amor pequeñito, inocente y terrible. Un amor de juguete.

¿Por dónde empezar? ¿Por el día en que me tragué una mosca?

Vomité; ya lo creo que vomité. La mosca y el desayuno.

—Te está bien empleado. Por bobo y por tener siempre la boca abierta, que pareces un pasmarote —dijo mi hermano.

Y mi madre:

—¿Una mosca? Bah, eso no es nada, Santi. —Y en el tono con el que contarías un secreto—: Yo, una vez, maté una rata con fli.

—¿Con fli? ¡Hala! —Los ojos se me habían agrandado; más que por los cristales de culo de vaso de mis gafas, por el asombro.

—¡Venga ya! —soltó Fede—. ¿Cómo va a morirse una rata con insecticida?

—No me quedó más remedio —se justificó—. Habría sido incapaz de matarla a escobazos y ponerlo todo pringado de tripas y restregones de sangre; por eso recurrí al fli, que era lo que tenía más a mano. Cerré la ventana, hice ruido con la escoba hasta acorralarla detrás de unas cajas y rocié aquel rincón a conciencia. Salió atontada, intoxicada, qué sé yo cómo salió. Envenenada. Supongo que el fli se le fue directo al cerebro con la fuerza de una bala y, ¡pumba!, la dejó turulata. Abría la boca, cerraba la boca, le costaba respirar. Yo, por si acaso, seguí echándole fli en el hocico, más y más fli, el bote entero. —Un suspiro y—: La asfixié a base de bien, la exterminé, la..., la..., la..., ¡la gaseé! —escupió, por fin, mamá Hitler, mamá Himmler, mamá Höss—. Fue en el cobertizo de la casa del pueblo. —A mí—: Tú aún no habías nacido. —A Fede, cuatro años mayor que yo—: Y tú eras muy pequeño aún. —Asintiendo—: Me lo advirtió vuestro padre: «Hay una rata en el trastero, la he oído. Como haga un nido y se ponga a criar, menuda guasa». Menudo asco, más bien. ¿Y si la rata nos hacía frente? ¿Y si nos mordía y nos contagiaba la rabia o alguna enfermedad incurable? ¡Un horror! Me costó Dios y ayuda coger el cadáver por la cola, meterlo en una bolsa y tirarlo al río sin que nadie me viera. ¡Puaj!

Por regla general, si me preguntan por mi pasado, me lo invento. Con facilidad. Sin pestañear. En pocas ocasiones pronuncio la palabra «papá» o la palabra «mamá»; en pocas ocasiones cuento anécdotas de mi padre o de mi madre. Y, cuando sucede, cuando digo «papá» o «mamá», a quien me refiero, en realidad, es a otro padre, a otra madre. Un

padre y una madre ficticios. Otra niñez. Otro Fede que nada tiene que ver con el auténtico Fede.

No, no suelo hablar de mi infancia. Y, cada vez que oigo a alguien quejarse de las rarezas y peculiaridades de su familia, me limito a sonreír; y me acuerdo, también, de las mañanas de verano en el pueblo, mamá y yo triturando algarrobas secas, tarea que nos ocupaba varias semanas, pues por las noches, mientras dormíamos o, muertos de calor, intentábamos conciliar el sueño, los sacos de algarrobas juraría que se multiplicaban. A lo que había que añadir que los dientes de la vieja GL, mellados y gastados por el paso de los años y el mucho uso, ya no molían como en sus buenos tiempos.

GL. Así llamábamos en casa a la trituradora agrícola: por las dos primeras letras que, pintadas de negro, figuraban en su chasis. El modelo, supongo.

GLH-E 2845 B, su nombre completo.

Qué extraño, qué cosas se recuerdan.

GLH-E 2845 B. ¿Cómo no se me ha olvidado?

Por su aspecto, podías confundir la GL con una carretilla: tenía manillar, dos ruedas, dos patas que la anclaban; pero ahí terminaban las semejanzas. En la parte superior estaban los botones de encendido y apagado; en la parte inferior, el depósito, que debías vaciar de tanto en tanto; y, en un lateral, dentro de un cajetín, el cable, que era necesario conectar a un enchufe o a una alargadera. Metros y metros de cable que había que ir desenrollando.

Y mamá:

—Jodida GL, ya se ha vuelto a tragar el palo. En eso sí que se da prisa, la muy cabrona.

Los demás niños aprendían las palabrotas en el colegio o con sus pandillas. Nosotros las aprendíamos en casa. Con mamá.

En descargo de mi madre, diré que la GL se atascaba constantemente, lo que ralentizaba el proceso de trituración. Para despejar la abertura y desatascarla, había que introducir un palitroque o una rama finita. Lo normal era que el palo quedara aprisionado en las fauces de la «jodida GL», que, al menor descuido, volvía a la vida. Chas-chas. En tales casos, succionaba con un brío renovado, juvenil. Como si estuviese divirtiéndose, jugando a pillarte desprevenido. «La muy cabrona».

—A ver si te jubilas. A ver si te convierten en chatarra y nos dejas en paz. —Mamá, hablándole a la GL. ¿Un síntoma de locura o un síntoma de inteligencia?

Solía ayudarla por la sencilla razón de que aprovechaba aquellos ratos para arrojar a la boca del monstruo alienígena GL insectos cuyos gritos de terror solo yo oía; mientras, mamá despotricaba contra la trituradora, contra la lentitud de la trituradora, contra los atascos de la trituradora y, en especial, contra mi padre, por «castigarla» con aquella labor monótona y tediosa que, hay que reconocerlo, era de las más sencillas que podía encargarle; lo mismo que descapotar almendras o deshuesar aceitunas. «Putitareas», según mamá; que seguía a lo suyo:

—Vaya desperdicio de mañana, como si no tuviéramos nada mejor que hacer. ¿Para qué pretenderá tu padre que trituramos las algarrobas? Aparte de para torturarnos, claro.

¿Para utilizarlas como mantillo? ¿Para echárselas de forraje a los puercos? Jamás lo pregunté.

— ¡Qué calor!

Los mirlos picoteaban los pimientos, las berenjenas, los calabacines del huerto. Los tomates, las piedras. Sobrevolándolo todo, abejorros gordísimos se elevaban y descendían con la parsimonia de naves espaciales aquejadas de escasez de combustible.

— Es como estar en el desierto, solo que aquí no hay dunas; ni oasis de esos tan bonitos; ni camellos o dromedarios o lo que sean. Ni beduinos. Aquí no hay nada.

Suplicando piedad, una cochinilla cayó en la boca del robot intergaláctico GL junto a otro puñado de algarrobas secas. Si no querías tentar a la suerte y que se atascaran las delicadas mandíbulas de la trituradora, tenías que echarlas de cinco en cinco, de seis en seis. Algarrobas, cochinillas, cualquier cosa. Y mamá:

— ¿Cuántos sacos nos faltan?

— ¡Buf! ¡La intemerata!

A continuación, la boca mecánica engulló una araña patilarga que yo había capturado al sorprenderla trepando por uno de los sacos.

— No sé por qué no contratamos a alguien para que se encargue de la trituradora. ¡Lo bien que le vendría a cualquier cateto del pueblo ganar cuatro perras! Pero papá es un rácano, un agarrado, un..., un..., un..., un avaro, eso es tu padre. Fíjate, si no, en nuestro coche: los cristales de las ventanillas se bajan solos, se hunden cada dos por tres, y el maletero se abre con los baches. Aun así, no le digas que lo cambie y compre otro. Quiere más a esa antigualla que a mí. Genio y figura, tu padre. No suelta un duro ni a punta de pistola. —Guardó silencio durante unos segundos—:

Ahora que lo pienso, más vale que nadie nos pida nunca un rescate por vosotros. Estaríais perdidos, tu hermano y tú.

Me reí.

—¿Qué haces, Santi? ¿Qué demonios estás haciendo?
—Sin prestarme demasiada atención y, sobre todo, sin advertirme del peligro de acercarme a los colmillos de Godzilla GL—: ¿No oyes a las chicharras? Luis Cobos y sus clásicos encadenados son menos escandalosos. —Abanicándose a manotazos—: Dios se ha dejado el horno abierto y el mundo va a derretirse. Con nosotros dentro, me temo.

La GL emitió un chasquido seco, dio una sacudida con ínfulas de terremoto y avanzó hacia mamá un milímetro, dos.

—Esta máquina del infierno tiene vida propia y viene a por mí, quiere arrancarme un brazo. —Buscando mi complicidad—: ¿Y si la apagamos y decimos que se ha escacharrado, que ha sufrido un calentón?

A nuestro alrededor, las chicharras ensordeciéndonos. Y en la boca de Mazinger GL, una oruga de esas que, al espachurrarlas, sueltan un liquidillo verde. Chas-chas.

La perra del abuelo, Menta, triscaba a la caza de topillos, comadreja, ratas o algún que otro mirlo atontado por el calor. Menta no era un nombre tan cursi como parece: Elementa.

Aprovechando que la GL se había tomado otro descanso, mamá vació el depósito. El olor de las algarrobas trituradas llenó el aire, dulzón, espeso, envolvente.

—¡Qué pestazo!

—A mí me gusta —dije.

Las chicharras, las chicharras, las chicharras. El terral. El olor de las algarrobas. Y la GL, que no se ponía en marcha. Ni a la de una, ni a la de dos, ni a la de tres.

—«A mí me gusta, a mí me gusta...». Al final, va a resultar que Fede tiene razón: eres tonto de baba.

Me ruboricé. Para que no lo notara, bajé la cabeza y busqué una nueva víctima. Las gafas se me escurrieron y cayeron al suelo.

—A este ritmo, no vamos a terminar nunca. —Mirando hipnotizada la boca de la vieja trituradora—: Quizá, si le metemos un pedrusco, consigamos atascarla para siempre. —Y, como si se le hubiera ocurrido una idea genial—: Atascarla con un pedrusco, con un tornillo o una tuerca o, qué sé yo, con el cadáver de tu padre. —Sin aguantarse la risa—: Podríamos descuartizar a tu padre y lo vamos triturando poco a poco en este día tan fresquito y tan maravilloso de nuestras vacaciones. —Sus ojos chispearon—. Tu padre, los huesos de tu padre. ¡Chas-chas-chas! Músculos, vértebras, cartílagos. —Más risas—. ¿Te lo imaginas, Santi?

Debí de palidecer, porque:

—No pongas esa cara, hijo; es broma.

¿Lo era?

Pulsó el interruptor de encendido. Nada.

—Vaya, vaya, vaya, ¡una huelga! —dictaminó.

Lo presionó de nuevo. Con idéntico resultado. Y estalló:

—Maldito terral. Maldito pueblo. Malditas algarrobas.

Volvió a pulsar el interruptor y, ahora sí, la GL resucitó y dio un salto en dirección a mamá antes de tirarse una pedorreta y entrar en coma. Con el susto, solté la mariquita

que estaba a punto de alimentar al androide GL. El bicho salió volando. A lo lejos, Menta le ladraba a algo invisible.

—Maldito veraneo. —Mamá le propinó una patada a su archienemiga, la GL—. Maldito trasto. Y maldito, también, tu padre. ¡Qué harta estoy!

Luego, en casa, llegaría la segunda parte. Cuando papá preguntara:

—¿Qué comemos hoy? ¿Qué hay para comer?

Y mi madre:

—Algarrobas secas, cariño, toneladas de algarrobas secas. Trituraditas, para que la digestión sea más llevadera. ¿O te crees que me he pasado la mañana en la cocina, ras-cándome el ombligo?

Mi madre odiaba el pueblo, el campo, la naturaleza. «La vida salvaje», la llamaba ella, por contraposición a la vida en la ciudad. Esa otra vida que, el resto del año, vivíamos en Málaga. En Salitre, 15. «La casa de las humedades», como la bautizamos por su proximidad al río.

En qué estaría yo pensando. Debería haber empezado explicando eso: que mamá odiaba la finca, la huerta. «La vida en la plantación».

Con todas sus fuerzas, la odiaba. Con toda su alma.

Hasta que huyó con un niño.

Pero eso ya lo he dicho.

También que esta es una historia de amor.